

DOS MARCOS DE PLATA

Encima del piano que ya no toca nadie,
y en cuyo vientre yacen su dormitar de olvidos
las notas y los cánticos,
hay dos marcos de plata
como dos ventanales que miran al silencio.
Desde allí, suspendidos de un tiempo color sepia,
como si me llamaran con sus voces de entonces,
se asoman y sonríen los rostros de mis padres
con sus sonrisas muertas,
con los labios repletos de palabras no dichas,
con los ojos perpetuos,
extrañamente inmóviles, eternamente jóvenes
lo mismo que se fueron
al lugar donde el trigo jamás amarillea.

Cuando vine a esta casa desde aquellas orillas
en las que aún me laten las huellas de sus besos,
desde esos arenales que todavía cubren
su longitud de piedra,
no quise despedirme,
y les di residencia bajo mis soportales,
ceranos a esa música que amaron y que amo.

A veces traigo ramos de rosas prematuras
que, encendidas de albores,
situó con mis manos cerca de su memoria,
y a pesar de que el alma ya no duele de ausencia
y se han hecho costumbre todas mis cicatrices,
los pétalos me tiemblan al borde de los labios.

Juana Pinés Maeso